

**ABRIL 2014**

**ESCRITOS**

### **¿A QUIÉN HABLAR DE DIOS?**

**Escrito dominical, el 6 de abril**

Cada vez es más necesario que los discípulos de Jesús, los hijos de la Iglesia, se sientan más urgidos a llevar el anuncio de Jesucristo, su Evangelio, a los que no creen en Él o están tan lejos de la realidad de la fe que éstos necesitan un nuevo acercamiento y una perspectiva nueva para comprender tamaño regalo de parte de Dios. Pero aún es más urgente que los que quieran ser evangelizadores vivan la experiencia intensa de saberse alcanzado por Jesucristo y que Él se convierta en el Señor de su vida, el punto de luz que ilumine todo el conjunto de su existencia, de modo que sienta en cada momento de ella que evangelizar es su ser; quien así se experimente no habrá que insistirle en la nueva evangelización. Se las arreglará para buscar pistas, nuevas maneras de acercarse a quien no comparta la fe en Cristo.

Estamos acercándonos a una nueva celebración del Misterio pascual en la Semana Santa, y debería ser ésta una inmersión en el amor de Dios manifestado en Cristo y, en consecuencia, proporcionar nuevas actitudes para llevar a Cristo a las realidades de la vida diaria. La renovación pascual proporciona sin duda nuevos deseos de salir de sí mismo y marchar fuera de nosotros mismos invitando a otros a conocer a Cristo, su Iglesia y la fuerza de su resurrección. Pero hablar ¿a quién? ¿Cómo “hablar de Dios”? No te preocupes tanto de esto: hablar no es solamente hablar de alguien o de algo, también es siempre hablar a alguien. No se trata de hablar (de Dios), sino a quién hablar. Porque las personas no son intercambiables ni se puede despreciar la calidad de la persona a la que dirigirse. Eso no es indiferente, como si fuéramos charlatanes, que midiéramos la cantidad únicamente de personas a las que hablar.

No se le puede hablar del mismo modo, por ejemplo, a un marxista que a un alejado de la fe por un problema concreto, como no se le hablará de la misma manera a un adulto que a un niño. Hablarles de la misma manera a unos y a otros será malhablar. Cuando quiero hablar de algo, puesto que siempre le hablo a alguien, tengo que dejarme afectar por la situación de mi interlocutor. De modo que lo que quiero decir se ve modificado por esta situación. Pretender hablar de Dios sin considerar a quién no es hablar de verdad, sino hincharse de arrogancia y tal vez la evangelización se parece en ese caso al trabajo de una apisonadora. Tenemos que plantearnos, pues, la cuestión de la dirección (¿a quién hablar de Dios?). Tenemos incluso que plantearnos si no convendrá hacerlo en primer lugar a nosotros mismos. Y es que de forma espontánea a la pregunta “¿cómo hablar de Dios hoy?”, suponemos que se trata de hablarles a los demás, como si no fuera conmigo también.

Esta manera de proceder sería figurarnos que podemos hablar de Dios y de Jesucristo sin tener también que escuchar siempre su Palabra. Nos convertiríamos, por ello, en ese “predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior” (san Agustín, Sermón 179, 1). Todo lo cual es muy conveniente tenerlo en cuenta cuando nos dirigimos a jóvenes y adolescentes, tal vez porque esté su mundo más alejado de la manera de vivir nosotros la fe y haya que hacer un esfuerzo mayor para, respetando su persona, les llegue, sin embargo, la fuerza de Cristo resucitado, capaz de llegar al corazón y a los deseos profundos del joven. Son “periferias” a las que ir, diría el Papa Francisco.

### **ANUNCIO PASCUAL**

**Escrito dominical, el 13 de abril**

Habitualmente nos hallamos en medio de trabajos, fatigas y hasta sinsabores; pero los cristianos siempre nos hallamos, a la postre, en espera de la resurrección, en la esfera de la vida nueva. Por ello, hermanos míos, os invito a una pequeña meditación sobre la Pascua 2014, en medio de la Semana Santa, que comienza con la solemnidad de la entrada de Jesús en la ciudad santa el Domingo de Ramos.

En realidad, vemos cómo vamos pasando sin apenas darnos cuenta, de una fiesta a otra, de una celebración a otra, de una solemnidad a otra. Estamos en una sociedad de muchas fiestas y espectáculos. Pero ahora ha llegado aquel tiempo en que todo vuelve a comenzar. Me estoy refiriendo a la preparación de la Pascua venerable, en la que el Señor fue inmolado. Hemos de

caer en la cuenta, pues, de que nos alimentamos, como de un manjar de vida, y deleitamos siempre nuestra alma con la sangre preciosa de Cristo, como de una fuente; y con todo, aunque hayamos celebrado bien la Pascua el año pasado, siempre estamos sedientos de esa sangre del Señor, siempre sentimos un ardiente deseo de recibirla; ¿o tal vez no es así?

Estoy persuadido, sin embargo, que nuestro Salvador está siempre a disposición de los sedientos y, que por su benignidad, Cristo atrae a la celebración del gran día de Pascua a los que tienen sus entrañas sedientas, según aquellas palabras suyas: *el que tenga sed que venga a mí y que beba*. De modo que no sólo podemos siempre acercarnos a saciar nuestra sed, sino que además, siempre que lo pedimos, se nos concede acceso al Salvador, encontrándonos con Él.

Ya sé que el fruto espiritual de esta fiesta de Pascua no queda limitado a un tiempo determinado, ya que sus rayos esplendorosos no conocen ocaso, sino que están siempre a punto de iluminar las mentes que así lo desean, la tuya y la mía. La Pascua tiene una virtualidad ininterrumpida, sobre todo para aquellos que el Salmo proclama bienaventurados, cuando dice: *Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche* (Sal 1,1-2).

Pero es verdad: el mismo Dios que al principio instituyó para nosotros esta fiesta, nos ha concedido poderla celebrar cada año; y el que entregó a su Hijo a la muerte por nuestra salvación nos otorga, por el mismo motivo, la celebración anual de **este sagrado misterio**. Aquí está. Esta fiesta nos sostiene en medio de las miserias y dificultades de este mundo; y ahora es cuando Dios nos comunica la alegría de la salvación, que irradia de esta fiesta, ya que en todas partes, en casa o de viaje, nos reúne en el Espíritu a todos en una sola asamblea de la Iglesia Católica. Esto es lo admirable de esta festividad: que el Señor reúne para celebrarla a los que están lejos y junta en una misma fe a los que se encuentran corporalmente separado.

¿Veis cómo cobran un nuevo sentido aquellas palabras del salmista: *Tú eres mi júbilo: me libras de los males que me rodean*? Realmente en esto consiste el verdadero júbilo pascual, la genuina celebración de la gran solemnidad: en vernos libres de nuestros males; para llegar a ello, tenemos que esforzarnos en reformar nuestra conducta y en meditar asiduamente, en la quietud del temor de Dios. ¿Dejamos escapar esta nueva oportunidad de gracia?

## EL DÍA QUE HIZO EL SEÑOR

Escrito dominical, el 20 de abril

Sí, estamos ante la fiesta más grande de nuestro calendario: Cristo, muerto y resucitado, es nuestra Pascua. La alegría nos viene sencillamente porque Jesucristo ha vencido a la muerte y ha abierto un nuevo camino. ¿Y por eso hemos de alegrarnos? ¿No hemos oído este mensaje muchos otros años? No hagas esa pregunta, porque indica que no has comprendido todavía lo que es ser cristiano. Jesús resucitado derrama sobre nosotros, si lo pedimos, el Espíritu Santo y podemos llamar Padre a Dios. A través del Cristo que ha triunfado llegamos hasta Dios. Algo inusitado, inesperado sin duda, que superaba todas las expectativas de la esperanza humana, ha sucedido: Jesús ha abierto un camino que evita la muerte segunda y da vida en abundancia, la vida de Dios. ¡Aleluya! ¡Feliz Pascua!

A los hombres y mujeres nos cuesta imaginar la resurrección porque supone un estado nuevo para la humanidad de Cristo del que nosotros no tenemos mucha experiencia. Sabemos de muchas cosas, vemos muchos espectáculos, sentimos muchas sensaciones, pero tenemos poca sensibilidad de la vida resucitada de Jesús, porque no es ambiental. Es una vida que no se basa en los gozos que dan la carne y la sangre. Es vida según el Espíritu. En la celebración litúrgica, sin embargo, hecha de signos nos podemos acercar a la comprensión de que la caducidad de nuestra carne ha tocado a su fin y ya no es la medida de nuestra existencia. ¡Cuánto nos cuesta a los cristianos que nuestro corazón experimente un desahogo, una liberación que san Pablo nos recuerda en la carta a los Colosenses: *Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*”.

Pero éste es el día que hizo el Señor, porque en las sombras de la noche pascual ha comenzado nuestra fiesta, y el día santo no ha terminado, porque la claridad del día de Pascua propaga la alegría del Señor. Es una alegría eterna. Jesucristo nos iluminó desde el día de nuestro Bautismo y Confirmación, pero hoy todavía resplandece su luz, pues *Jesucristo es el mismo ayer y hoy*, dice la carta a los Hebreos. ¿Ha nacido hoy para ti Cristo? ¿O acaso es un personaje del pasado, no vivo? En absoluto, Cristo es nuestro hoy: esplendor vivo y sin ocaso, Él no deja de alumbrar el mundo y este incendio eterno parece no durar un solo día. Sí, Cristo es ese día único porque única es la eternidad de Dios.

Éstas son las fiestas de Pascua. Felicidades a todos, hermanos. Esa felicidad nunca es más cierta que en este día. Quiera Dios que hayas renovado tu vida bautismal, esos dones del Espíritu por la confesión de los pecados y del perdón de Dios en la sangre y carne de su Hijo Resucitado. Él es nuestro hoy: el pasado huyó, se escapó; el futuro desconocido no tiene secretos para él. Hoy no es sólo el tiempo en que la carne nació de la Virgen María, como en Navidad, ni sólo el tiempo en que la divinidad sale de la boca de Dios, su Padre, sino el tiempo en que ha resucitado de entre los muertos. El Padre ha resucitado a Jesús. Así estaba escrito en el Salmo 110: *“Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora”*.

Queridos hermanos: desde la alegría pascual, os saludo a todos, los que lleváis el testimonio de Jesús resucitado en vuestra vida. Él os llena de su gracia y de su vida plena. Mi bendición pascual para todos. ¡Feliz Pascua!